

Cournet se internó en París y en la plaza de las Victorias encontró al antiguo constituyente Isidoro Buvignier, amigo suyo, que hacia poco había salido de las Madelonnetes, en donde le encerraron por el asunto de la *solidaridad republicana*. Buvignier era una de las figuras notables que se sentaban en los bancos de la izquierda; su cabello rubio cortado al rape y su mirada severa recordaban las cabezas de los puritanos de Inglaterra: se asemejaba más á un puritano de Cromwell que á un montañés de Danton.

Cournet le refirió su última aventura, cuyo final fué horrible.

Buvignier, meneando la cabeza, le dijo:

—Has matado un hombre!

En *María Tudor*, en caso parecido, hice yo que contestara Fabiani:

—No, á un judío.

Cournet, que probablemente no había leído *María Tudor*, contestó:

—No, á un polizone, añadiendo:—Maté un hombre por salvar la vida de tres.

Cournet tenía razón. Estando en plena batalla le prendían para conducirlo á la Prefectura y fusilarle en el patio; el espía que le cogió, hablando con propiedad, era un asesino, y lo que hizo fué en legítima defensa propia. Añadiendo además que aquel miserable, demócrata para el pueblo y espía para la policía, era dos veces traidor.

—Debes esconderte, dijo Buvignier; vámonos á Juvisy.

Buvignier poseía una pequeña casa en Juvisy, que estaba situada en el camino de Corbeil, á cuya casa llegaron los dos aquella misma noche. Pero en cuanto se apearon del carruaje que los condujo hasta allí, dos aldeanos vecinos le dijeron á Buvignier:

—Han venido gendarmes á prenderos y han dicho que esta noche volverán.

No tuvieron otro remedio que regresar á París.

Cournet, corriendo más peligro que nunca, errante y perseguido, se ocultó en la ciudad con gran trabajo, en la que permaneció hasta el día 16, sin encontrar ningun medio para proporcionarse un pasaporte. Por fin, el día 16, un amigo suyo influyente, que estaba empleado en el ferro-carril del Norte, le proporcionó un pasaporte concebido en estos términos:

“Permitase el paso á M..., inspector encargado del servicio.”

Se decidió á partir al día siguiente en el tren de la mañana, creyendo razonablemente que los trenes de la noche estarían más vigilados.

El tren salía á las ocho, y al amanecer se deslizó Cournet de calle en calle hasta que llegó á la estación del Norte. Los maquinistas le hicieron subir con ellos en el tender de la locomotora del tren, que iba á partir.

Llegó á la frontera ya entrada la noche sin sufrir ningun contratiempo. Al encontrarse en Neuveglise estaba ya en Bélgica y se creyó seguro; le pidieron el pasaporte; hizo que le acompañaran á casa el burgomaestre, al que declaró que era un refugiado político.

El burgomaestre era belga, pero bonapartista, y mandó que los gendarmes le volvieran á llevar á la frontera, con el encargo de entregarlo á las autoridades francesas.

Cournet se creyó perdido.

Los gendarmes belgas le condujeron á Armentieres; si estos se hubieran dirigido al alcalde, Cournet lo hubiera pasado mal; pero se dirigieron al inspector de aduanas, y él entonces creyó entrever lejana esperanza de salvacion.

Se acercó al inspector de aduanas con la frente erguida y tendiéndole la mano.

—Caballero, le dijo, sois inspector de aduanas; yo soy inspector de ferro-carriles. Los inspectores deben ser amigos. Estos bravos belgas se han equivocado y me envían aquí entre cuatro gendarmes no sé por qué. Me envía la compañía del Norte para que repare un puente que está poco sólido. Os ruego que me permitais continuar mi camino; aquí tenéis mi pase.

Diciendo esto se lo presentó al aduanero, que lo leyó, y encontrándolo en regla, le dijo:

—Señor inspector, estais libre.

Cournet, libertado por la autoridad francesa y por los gendarmes belgas, se dirigió á la estación del ferro-carril, en donde tenía amigos.

—Necesito aprovechar la noche y que me busqueis algun hombre que haya sido contrabandista que consiga hacerme pasar la frontera.

Le prestaron un muchacho de diez y ocho años, rubio, sonrosado y fresco, extranjerero, pero que sabía hablar francés.

—Cómo os llamais? le preguntó Cournet.

—Henry.

—Pareceis una mujer.
—Pero soy hombre.
—¿Os encargais de hacerme pasar la frontera?

—Sí.

—Habeis sido contrabandista?

—Lo soy actualmente.

—Conoceis los caminos?

—No; yo no tengo que ir por los caminos.

—Pues qué es lo que conoceis?

—Las travesías.

—¿Sabeis que hay dos líneas de aduanas?

—Lo sé.

—Las pasaré sin peligro?

—Sí.

—No temeis á los aduaneros?

—Solo temo á los perros.

—En ese caso, contestó Cournet, llevaremos bastones gruesos.

Así lo hicieron. Cournet entregó á Henry cincuenta francos, y prometió darle otros cincuenta en cuanto pasasen de la segunda línea de aduanas.

Eran las doce de la noche y se pusieron en camino.

A lo que Henry llamaba travesías otro hubiera llamado obstáculos; porque como eran una sucesion de derrumbaderos y de pedregales, y había llovido, los hoyos estaban llenos de agua.

Desconocido sendero serpenteaba al través de un dédalo intrincado, que unas veces era espinoso como un matarral y otras fangoso como un pantano.

La noche estaba oscurísima: de vez en cuando, en la oscuridad, se oían ladrar perros. El contrabandista hacia entonces zig-zags y cambiaba de sendero, torciendo bruscamente á la derecha ó á la izquierda, y algunas veces retrocediendo.

Cournet seguía alegremente al contrabandista, saltando vallados, cruzando acequias, tropezando á cada paso, resbalando en los cenagales, enganchándose en las malezas, molido y extenuado. Caían en muchos charcos y se levantaban sucios de barro. Una vez cayó en un pantano en el que había agua estancada; esta agua le lavó:

—Bravo! exclamó, ya estoy limpio; pero ahora tengo frio.

A las cuatro de la madrugada llegaron á Messine, poblacion belga, habiendo atravesado felizmente las dos líneas de aduanas. Cournet entregó á Henry los cincuenta francos prometidos y continuó caminando á pie.

Hasta la tarde no llegó á la estación del ferro-carril. Subió en el tren, y al anochecer llegó á la estación de Bruselas.

Salió de París el día anterior; estuvo andando toda la noche sin dormir y sin comer. Al registrarse los bolsillos no encontró la cartera, pero encontró un mendrugo de pan. Más alegría le causó el mendrugo de pan que tristeza la pérdida de la cartera. Llevaba el dinero en un cinturón; la cartera, que sin duda desapareció en el pantano, contenía, entre otras, una carta de recomendación, muy útil para él, de M. Ernest Kœchlin, amigo suyo, y dirigida á los representantes Guilgot y Carlos Forel, refugiados entonces en Bruselas y que habitaban en el hotel de Brabante.

Al salir de la estación del camino de hierro se metió en un carruaje y dijo al cochero:

—Hotel de Brabante.

Oyó una voz que repetía *Hotel de Brabante*; inclinó la cabeza y vió á un hombre que escribía en un lápiz algo en una cartera á la luz de un farol. Probablemente sería algun agente de policía.

Como se quedó sin pasaporte, sin cartas y sin papeles, temió que le prendieran aquella noche, y al mismo tiempo estaba muerto de sueño.—“Que me den una buena cama esta noche, decía, y mañana que venga el diluvio.” En el hotel de Brabante pagó al cochero, pero no entró, pues de todos modos no hubiera encontrado á los representantes Forel y Guilgot, porque vivían allí con nombres supuestos.

Recorrió las calles sin direccion fija; eran las once de la noche y estaba rendido de cansancio. Al llegar á un gran farol encendido, que tenía este letrero: *Hotel de la Moneda*, entró en aquel edificio.

El dueño le miró de un modo extraño, y entonces Cournet se apercibió de que iba sin afeitar, de que llevaba el pelo erizado, la gorra sucia de barro, las manos ensangrentadas, la ropa hecha pedazos. Estaba horrible.

Sacó del cinturón un luis doble; lo dejó sobre la mesa y dijo al dueño del hotel:

—Vamos al caso; soy un proscrito y no quiero que me tomeis por un ladrón; acabo de llegar de París sin pasaporte, pero con dinero. Tengo necesidad de comer y de dormir.

El fondista tomó el luis doble y mandó que le dieran cena y cama.

Al día siguiente entró el fondista en su cuarto á despertarle y á decirle:

—Vengo á aconsejaros que vayais á ver al baron Hody.

—Quién es el baron Hody?

El dueño del hotel le enteró de quién era. También yo tuve ocasion de hacer la misma pregunta que Cournet, y obtuve de los habitantes de Bruselas las tres respuestas siguientes:

—Es un perro.

—Es una garduña.

—Es una hiena.

Un cuarto belga se limitó á decirme:

—Es un bestia.

Considerándole bajo el punto de vista de las funciones públicas, el baron Hody era en Bruselas administrador de la Seguridad pública, es decir, una falsificación del prefecto de policía, lo que eran Carlier y Maupas.

Gracias al baron Hody, que luego dejó aquel cargo, la policía belga de entonces se componía de policía rusa y de policía austriaca.

—Pues bien, iré á ver al baron Hody, contestó Cournet.

Se levantó, se vistió y se cepilló lo mejor que pudo y preguntó al fondista:

—Dónde he de ir á verle?

—Al palacio de la Justicia.

Cournet se hizo conducir y llegó hasta encontrarse en presencia de aquel personaje.

El baron Hody le preguntó secamente:

—Quién sois?

—Un refugiado, uno de los individuos que el golpe de Estado ha expulsado de Paris.

—Qué profesion ejercéis?

—Soy antiguo oficial de marina.

—Antiguo oficial de marina! repitió el baron suavizando más el acento; ¿habeis conocido á su alteza real monseñor el príncipe de Joinville?

—He servido á sus órdenes.

Era verdad. Cournet se honraba de haber servido á las órdenes del indicado príncipe.

Al oír esta declaracion, el baron Hody se humanizó completamente, y con la más cariñosa sonrisa que puede entreabrir los labios de un jefe de policía, le dijo:

—Me alegro infinito, y desde luego os digo que podeis permanecer en este pais todo el tiempo que queráis; cerramos la Bélgica á los Montañeses, pero la abrimos de par en par á los hombres como vos.

Cuando Cournet me refirió esta res-

puesta del baron Hody, comprendí que tenía razon el cuarto belga que lo clasificó.

Algo de cómico siniestro se mezclaba algunas veces en semejantes tragedias. A Barthelemy Terrier, que era uno de los representantes proscritos, le extendieron un pasaporte especial para Bélgica, con itinerario forzado para él y para su mujer; pero esta mujer era un hombre que se llamaba Preverand, cuñado de Terrier. Cuando estalló el golpe de Estado en Doujon, Preverand, que era propietario de dicho pueblo, tomó allí las armas y combatió el atentado; por esta sublevacion le habian condenado á muerte. Estas eran las justicias que entonces se realizaban. Por el crimen de cumplir con su deber fueron guillotinos Charlet, Cussinier y Cirasse. La guillotina era entonces un instrumento de gobierno, y era preciso por lo tanto salvar á Preverand. Como era bajo y delgado, le vistieron de mujer; no era bastante hermoso para que pudieran prescindir de taparle el rostro con un velo; lo hicieron así, y además escondieron en un manguito sus rústicas manos de combatiente. Velado de este modo y aumentado con algunas redondeces, Preverand parecia una mujer atrayente. Quedó convertido en la señora de Terrier y se fué con su cuñado. Atravesaron Paris sin ningun contratiempo. Terrier se apresuró á que entrara Preverand en un wagon, y al anocheecer partieron en el tren para Bruselas. Iban solos en el wagon, ocupando dos rincones, uno enfrente del otro, y de este modo llegaron sin novedad hasta la estacion de Amiens. Cuando allí paró el tren, se abrió la portezuela del wagon y entró un gendarme, que se sentó al lado de Preverand. El gendarme les pidió el pasaporte; Terrier se lo enseñó; la mujer muda no se movió en su rincon, y el gendarme, que encontró el pasaporte en regla, se limitó á decir:

—Haremos el camino juntos; estoy de servicio hasta la frontera.

Poco despues el tren partió. La noche era oscurísima; Terrier se durmió. De pronto Preverand sintió que una rodilla apretaba la suya. Una bota se apoyó suavemente sobre su pié; era la bota del gendarme. Apretó primero blandamente la rodilla de Preverand; luego, animado por la oscuridad y por comprender que el marido dormía, arriesgó la mano hasta la tela de la falda, caso previsto por Moliere; pero la mujer del velo era virtuosa; Preverand, sorprendido y rabioso,

dió, sin embargo, un apretón á la mano del gendarme, comprendiendo que le amenazaba un gran peligro y que una audacia de parte de aquel hombre podia producir inesperada complicacion, complicacion que podria trocar con rapidez la égloga en proceso verbal, convirtiendo al fauno en esbirro y transfigurando á Tirsis en Vidocq, y dando el espectáculo extraño de ofrecer un transeunte guillotinado por un gendarme por haber cometido éste un delito contra el pudor. Preverand se encogió en el rincon, replegó los pliegues de la falda, ocultó las piernas debajo del asiento y continuó siendo enérgicamente virtuoso. Sin embargo, el gendarme no se descorazonaba y el peligro era cada vez más inminente. La lucha era silenciosa, pero obstinada; cariñosa por una parte y furiosa por la otra; el obstáculo escitaba al gendarme. Terrier seguia durmiendo. De pronto el tren se paró; una voz gritó:—*Quievrain!* y abrieron la portezuela del wagon. Habian llegado ya á Bélgica. El gendarme, obligado á quedarse allí para volver á Francia, se levantó del asiento para bajar, y en el momento en que desde el estribo saltó á tierra, oyó detrás de él que salian de bajo del velo de encaje estas palabras expresivas:—*Vete, ó te retuerzo el pescuezo.*

XIII.

Comisiones militares y comisiones mixtas.

— + ○

También sucedieron aventuras á la Justicia; á esa palabra antigua la dieron un sentido nuevo. El Código cesó de ser seguro. La ley se convirtió en algo que prestaba juramento á un crimen. Luis Bonaparte instituyó jueces que cogian á los hombres de repente como en la espesura de un bosque; y así como el bosque es cómplice por la espesura, la legislacion fué cómplice por su oscuridad: lo que faltaba en ciertas partes para que fuera completamente negra se le añadió. Cómo? A la fuerza. Por medio de un decreto. El decreto del 17 de Febrero fué una obra magistral, que completó la proscripcion de la persona con la proscripcion del nombre. Domiciano no hubiera hecho más. La conciencia humana se desconcertó. El derecho, la equidad y la razon sintieron que el señor tenia sobre ellos la autoridad que el ladrón tiene sobre la bolsa. Hay que obedecer y no se permite replicar. Nada se parece á aquellos tiempos infames.

TOMO III.

Fueron posibles todas las iniquidades. Sobrevinieron Cuerpos legislativos y sembraron tantas sombras en la legislacion, que produjeron en ella la oscuridad de las tinieblas.

El golpe de Estado que triunfa carece de escrúpulos y se lo permite todo.

Aunque los hechos abundan, para abreviar presentaremos solo algunos.

Se establecieron dos especies de justicias: las comisiones mixtas y las comisiones militares.

Las comisiones militares juzgaban en secreto y un coronel las presidia.

En Paris habia tres comisiones militares, y cada una de ellas recibió mil expedientes para despachar. El juez de instrucción se los enviaba al procurador Lascoux, el que los trasmitia al coronel presidente. La comision hacia comparecer al acusado; el acusado era el expediente. Le registraban, es decir, le hojearon. El acta de acusacion era muy breve. Por ejemplo, decia lo siguiente:

—Nombre.—Apellidos.—Profesion.—Hombre inteligente.—Vá al café.—Lee los periódicos.—Habla.—Peligroso.

Si la acusacion era lacónica, la sentencia lo era más aun. Consistia solo en un signo.

En cuanto examinaban el expediente y los jueces consultaban, el coronel tomaba una pluma y ponía al final de la línea acusadora uno de estos tres signos:

— Significaba ser destinado á Lambessa.

+ Significaba ser deportado á Cayena.

(La guillotina. La muerte.)

○ Significaba ser absuelto.

Mientras la justicia trabajaba, el hombre á quien estaban juzgando gozaba de libertad algunas veces y vivia tranquilo; pero de pronto le prendian, y sin saber por qué, salía deportado á Lambessa ó á Cayena. Muchas veces la familia ignoraba lo que le habia sucedido.

Preguntábais á una esposa, á una hermana, á una hija ó á una madre: ¿Dónde están vuestro marido, vuestro hermano, vuestro padre ó vuestro hijo?

—No lo sé, os contestaban.

Un tabernero de Batignolles, llamado Brisadoux, fué deportado á Cayena por aparecer esta línea en su expediente:

Los socialistas frecuentan su taberna.

Hé aquí un diálogo exacto y cogido al vivo entre un coronel y un presunto reo que él juzgó;

—Estais condenado.
 —Yo! Por qué?
 —No lo sé positivamente. Examinad vuestra conciencia y recordad lo que habeis hecho.
 —Yo!
 —Debeis haber hecho algo.
 —Nada; ni siquiera he cumplido con mi deber. Debí haber tomado un fusil, salir á la calle, arengar al pueblo y batiirme en las barricadas; pero me he quedado tranquilamente en casa, y de esto es de lo que se me puede acusar.
 —Pues no se os ha condenado por eso. No habeis hecho nada más?
 —No.
 —No habeis concurrido al café?
 —Sí; he ido á almorzar.
 —Y allí no habeis hablado?
 —Eso sí.
 —No os habeis reido?
 —Eso tambien.
 —De quién y de qué?
 —De lo que sucede, que motivo hay.
 —Al mismo tiempo no hablábais?
 —Sí.
 —De quién?
 —Del presidente.
 —Qué deciais?
 —Pardiez! lo que es verdad, que ha faltado á su juramento.
 —Y despues?
 —Que no tenia derecho para prender á los representantes.
 —Habeis dicho eso?
 —Sí; y he añadido que no tenia derecho á matar al pueblo en el boulevard... Por eso me envían á Cayena!
 El juez mira fijamente al condenado y le responde:
 —Sí, por eso.
 Otra forma de la justicia.
 Tres individuos, tres funcionarios destituibles, un prefecto, un soldado y un procurador, que tienen por conciencia el campanillazo que dá Luis Bonaparte, se sientan á una mesa y juzgan, á vosotros, á mí, á todo el mundo. Por qué crimen? Por crímenes que inventan, y aplicando penas que inventan tambien. Ni conocen ni oyen al acusado, que ningun abogado defiende. Le juzgan sin debate y sin público. De semejantes tribunales sale la condenacion de los inocentes, el destierro, la cárcel, la deportacion, la ruina, la nostalgia, la muerte, la desesperacion de cuarenta mil familias. A esa farsa de tribunales la historia llama "comisiones mixtas."
 Ordinariamente los grandes crímenes de Estado hieren las cabezas altas y se

satisfacen con destrozarlas; les bastan las víctimas ilustres; pero el del 2 de Diciembre tuvo refinamientos de crueldad y necesitó además víctimas pequeñas. Su furia de exterminacion llegó hasta los pobres y hasta los desconocidos, llevó su cólera y su animosidad hasta las capas bajas, haciendo hendiduras en el subsuelo social, para infiltrar en él la subscripcion: los triunviratos locales llamados comisiones mixtas le sirvieron para esto; encontró el medio de empobrecer á los indigentes, de arruinar á los muertos de hambre, de despojar á los desheredados: el golpe de Estado realizó el prodigio de añadir desgracia á la miseria. Parecia que Bonaparte se dignaba odiar al aldeano, al ver que arrancaba al viñador de su viña, al labrador de los surcos, al albañil del andamio, al tejedor del telar. Y hubo hombres que aceptaron la repugnante mision de hacer caer en detalle sobre existencias imperceptibles la inmensa calamidad pública. Hubo hombres que aceptaron el vergonzoso trabajo de desmenuzar la catástrofe sobre los pequeños y los débiles.

XIV.

Detalle religioso.

Algo de religion con semejante justicia.

Federico Morin era republicano católico, como Arnaud de l' Ariège. Creyó que las almas de las víctimas del 4 de Diciembre, lanzadas bruscamente por la metralla del golpe de Estado al infinito y á lo desconocido, podian necesitar algun socorro, y emprendió la tarea laboriosa de hacer decir una misa para que alcanzasen el reposo eterno. Pero los curas creen que deben guardar las misas para sus amigos. El grupo de los republicanos católicos que dirigia Federico Morin se dirigió sucesivamente á los curas de todas las parroquias de Paris; todos se negaron. Se dirigió al arzobispo; se negó tambien. Misas en favor del asesino todas las que quisieran, pero en favor de los asesinados ninguna. Seria un escándalo orar por muertos de esta clase. La negativa fué muy obstinada. Pasarse sin la misa hubiera sido fácil á otros, pero no á aquellos creyentes tenaces. Los dignos católicos demócratas acabaron por desenterrar en una reducida parroquia de las afueras á un vicario pobre y viejo, que consintió en decir

la misa en voz baja y al oído de Dios, rogándoles que no lo dijese á nadie.

XV.

Cómo salieron de Ham.

La noche del 7 al 8 de Enero, Charras dormia; ruido de cerrojos que descorrian le despertó.

—Eso será que nos incomunican, se dijo á sí mismo, y volvió á dormirse.

Una hora despues se abrió la puerta de su calabozo. El comandante del fuerte, de gran uniforme, entró, acompañado de un agente de policia que llevaba una antorcha.

Eran cerca de las cuatro de la madrugada.

—Coronel, le dijo el comandante, vestíos en seguida.

—Para qué?

—Vais á partir.

El comandante permaneció silencioso. Charras se vistió. En seguida entró un jóven de baja estatura, que llevaba traje negro y que dirigió á Charras las siguientes palabras:

—Coronel, vais á salir de la fortaleza y de Francia. Tengo orden de conducirlos hasta la frontera.

—Si he de salir de Francia, prefiero quedarme en esta fortaleza, porque esto es cometer otro atentado. No tienen derecho á desterrarme, como tampoco lo tenían para meterme en la cárcel. Están de mi parte la ley, el derecho, mis antiguos servicios y ser representante del pueblo. Protesto, pues. Y vos quién sois?

—Soy el jefe del gabinete del ministro del Interior.

—Ah! Os llamais Leopoldo Lehon?

El jóven inclinó la vista.

Charras continuó:

—Os envia un hombre que pretende ser ministro del Interior, M. de Morny; le conozco tambien. Un jóven calvo y jugador y que ahora juega á un juego en que se arriesga la cabeza.

La conversacion era penosa; el jóven no dejaba de mirarse la punta de las botas; pero sin embargo, despues de un momento de silencio, se aventuró á decir:

—Coronel, tengo orden de deciros que si necesitais dinero...

Charras le interrumpió impetuosamente de este modo:

—Callaos! No me digais ni una palabra más; he servido á la patria durante veinticinco años arriesgando mi vida por

el honor, pero jamás por el interés. Guardad el dinero para vosotros.

—Pero, caballero!...

—Silencio! El dinero que tocan vuestras manos mancharia las mias.

Reinó otra vez un momento de silencio, que el jefe del gabinete interrumpió tambien:

—Coronel, os acompañarán dos agentes, que llevan instrucciones especiales, y os prevengo de orden superior que viajareis con pasaporte falso, extendido á nombre de Vincent.

—Pardiez! Eso es otra villanía! ¡Hacerme viajar con pasaporte falso y con nombre supuesto! Habeis de saber que me llamo Charras y no Vincent, y que pertenezco á una familia cuyos individuos han llevado siempre con orgullo el nombre de su padre.

Salieron, pasando en cabriolé el trayecto que media hasta llegar á Creil, por donde pasa el camino de hierro. Al llegar á la estacion, la primera persona que vió Charras fué al general Changarnier.

—Calla! Sois vos, general?

Los dos proscritos se abrazaron.

—Dónde os llevan? le preguntó el general.

—No lo sé; estos ganapanes me hacen viajar con el nombre de Vincent.

—Y á mí, contestó Changarnier, con el nombre de Blanco.

—Pues á mí deberian haberme puesto Rojo, exclamó Charras soltando una carcajada.

Entre tanto se habia reunido mucha gente formando círculo, que los agentes detenian á cierta distancia. Habian reconocido á los militares y los saludaban. Un adolescente, al que su madre no pudo contener, corrió ligero hácia Charras y le estrechó la mano.

Subieron á un wagon, libres en apariencia como los demás viajeros, aunque se les aisló en compartimientos vacíos y acompañó á cada uno de ellos dos hombres, que se sentaron á su lado y enfrente y no les perdian de vista. Los guardianes eran polizontes y habian sido carabineros.

Charras les dirigió algunas preguntas; habian servido siendo muy jóvenes, desde 1813. Habian tomado parte en las guerras de Napoleon, y entonces comian el mismo pan que Vidocq. Es triste que un soldado se rebaje hasta ese punto.

El bolsillo de uno de ellos lo hinchara algo que llevaba oculto; cuando este hombre atravesaba la estacion acompa-

ñando á Charras, una viajera exclamó: —Si llevará á Thiers en el bolsillo!

Lo que ocultaba el agente era un par de pistolas. Llevaban aquellos guardianes armas debajo de sus largos levitones, cruzados y abotonados. Tenían la orden de tratar á aquellos caballeros con el más profundo respeto, pero en caso dado de levantarles la tapa de los sesos.

Habían prevenido á los prisioneros individualmente que pasarían para las autoridades que encontrarán en el camino por extranjeros, suizos ó belgas, expulsados por sus opiniones políticas, y que los agentes permanecerían siendo agentes y como encargados de custodiarlos hasta la frontera.

Las dos terceras partes del trayecto se pasaron sin dificultades.

En Valenciennes ocurrió un incidente.

Habiendo triunfado el golpe de Estado, todos se esforzaban por servirle, sin encontrar degradante ningún servicio. Denunciar era complacer, que manifestar celo es una de las formas de la servidumbre, hácia la que el hombre se inclina con facilidad. El general hacia de soldado, el prefecto de comisario de policía y el comisario de policía de esbirro.

El comisario de policía de Valenciennes presidía la inspección de los pasaportes, y no quería abandonar esta alta función á un inspector subalterno.

Cuando le presentaron el pasaporte de Blanco, hizo un movimiento y exclamó:

—Sois el general Changarnier.

—Eso no me importa, le contestó el general.

Entonces los guardianes exhibieron los pasaportes, que estaban en toda regla.

—Señor comisario, somos agentes del gobierno: aquí teneis nuestros pasaportes.

—Sucios, exclamó el general.

El comisario movió la cabeza. Cuando fué empleado en París, tuvo que ir con frecuencia por asuntos del servicio á las Tullerías á buscar á Changarnier y le conocía.

—Esto es extraño, exclamaron los agentes. Se defendieron declarando que eran comisarios de policía con misión especial, y que tenían orden de acompañar hasta la frontera al señor Blanco, expulsado por cuestión política, y dando palabra de honor de que realmente era el señor Blanco.

—No creo mucho en las palabras de honor, contestó el comisario.

—Honrado comisario, replicó Changarnier, teneis razon. Desde el 2 de Diciembre las palabras de honor y los juramentos solo son asignados, esto es, moneda falsa.

Diciendo esto se sonrió.

El comisario se quedó perplejo. Los agentes acabaron por invocar el testimonio del prisionero.

—Pero caballero, decid vos mismo vuestro nombre.

—Salid del mal paso en que os habeis metido como podais, les respondió Changarnier.

El comisario de Valenciennes creyó que el general Changarnier se escapaba de Ham con nombre supuesto, con pasaporte falso y con agentes de policía falsos también para mayor disimulo, y que habían formado un complot de evasión que iban á realizar.

—Bajad los tres, exclamó el comisario.

El general bajó, y al poner los piés en el andén vió á Charras en el fondo del wagon entre sus dos guardianes.

—Estais ahí, Charras? gritó.

—Charras! exclamó el comisario; Charras está aquí; Vengan los pasaportes de esos caballeros!

Mirando cara á cara á Charras, le preguntó:

—Sois vos el coronel Charras?

—Ya lo creo! contestó éste.

Nueva complicación. Entonces les llegó el turno á los agentes del coronel; declararon que se llamaba Vincent, y exhibieron sus pasaportes jurando y protestando.

El comisario creyó ver confirmadas sus sospechas.

—Muy bien. Aquí prendo á todo el mundo.

Diciendo esto entregó á Changarnier, á Charras y á los cuatro agentes á los gendarmes. Alegre y satisfecho el comisario, olfateaba en el porvenir la cruz de Honor.

La policía se apoderaba de la policía. Sucede algunas veces que el lobo cree coger una presa y se muerde la cola.

Introdujeron á los seis prisioneros en una sala de la estación; el comisario avisó á las autoridades y las autoridades llegaron en seguida, precedidas por el subprefecto.

El subprefecto Sencier entró sin saber si debía saludar ó interrogar, inclinarse hasta el suelo ó permanecer cubierto; aquellos pobres diablos de magistrados y funcionarios locales estaban

embarazados ante los prisioneros. El general Changarnier estuvo á punto de ser dictador, y esto tenía vacilantes á las autoridades; porque, ¿quién puede prever los acontecimientos? Todo es posible. Ayer el jefe del gobierno se llamaba Cavaignac, hoy se llama Bonaparte; mañana quizá se llame Changarnier. Dios obra con crueldad no dejando ver á los subprefectos la punta de la oreja del porvenir.

Es triste para un funcionario respetable, que desea ser servil ó arrogante oportunamente, exponerse á prodigar reverencias á un personaje que quizás vá á pudrirse en el destierro y que es un pícaro; ó arriesgarse á ser insolente con un bandolero proscrito, que es capaz de volver vencedor dentro de seis meses y de ocupar las alturas del gobierno. Qué hacer? Además, los otros le están espionando, porque entre los funcionarios sucede esto. Comentan la menor palabra y describen el menor gesto. ¿Cómo han de quedar bien al mismo tiempo con el diablo que se llama hoy y que se llamará San Miguel mañana? Demasiadas preguntas molestarán al general, pero demasiados saludos chocarán al presidente. ¿Cómo ser á la vez subprefecto y lacayo? ¿Cómo combinar el aire de servidumbre que complacerá á Changarnier, con el aire de autoridad que complacerá á Bonaparte?

El subprefecto creyó salir del paso diciendo:

—General, sois mi prisionero. Paróse un instante y luego añadió sonriendo: —Hacedme el honor de almorzar conmigo.

Después dirigió las mismas palabras á Charras.

El general rehusó lacónicamente.

Charras le miró con fijeza y no le contestó.

El subprefecto dudó entonces de la identidad de los prisioneros y preguntó en voz baja al comisario:

—Estais seguro de que son?

—Vaya! contestó el comisario con íntimo convencimiento.

El subprefecto, en vista de esta contestación, se dirigió á Charras, y descontento de su acogida, le preguntó con bastante sequedad:

—Pero en fin, quién sois?

—Somos bultos, le contestó Charras.

Dirigiéndose luego á sus guardianes, que también estaban presos, les dijo:

—Dirigíos á los que nos han expedido,

interrogad á los aduaneros, que este es asunto de transporte.

Hicieron funcionar el telégrafo. Valenciennes, asustado, consultó á París. El subprefecto participó al ministro del Interior que, merced á la vigilancia, que no confiaba á nadie, acababa de hacer una captura importante; que había evitado una revolución y salvado al presidente y á la sociedad, etc. etc., y en fin, que, por decirlo de una vez, acababa de prender al general Changarnier y al coronel Charras, evadidos aquella mañana del fuerte de Ham con pasaportes falsos, indudablemente para ponerse á la cabeza de una gran sublevación. Después consultó con el gobierno qué había de hacer con los dos prisioneros.

Una hora después recibió la siguiente respuesta:—Dejad que continúen su camino.

El tren siguiente se llevó á los viajeros, pero no puestos en libertad, sino velados por sus guardianes. Llegaron á Quievrain.

Se apearon del wagon y después subieron otra vez.

Cuando el tren volvió á partir, Charras lanzó el alegre y profundo suspiro del hombre á quien se le vuelve la libertad y exclamó:—Al fin!

Levantó los ojos y se encontró con los guardianes á su lado; habían entrado en el wagon detrás de él.

—Cómo! Todavía nos seguís!

Uno de los dos contestó:

—Sí, mi coronel.

—Qué haceis aquí?

—Os custodiamos.

—¡Pero si hemos entrado ya en Bélgica!

—Es posible.

—Pues Bélgica no pertenece á Francia.

—Puede ser.

—Si me asomo á la ventanilla, llamo y os hago arrestar...

—No lo hareis, mi coronel.

—Por qué?

—Porque tengo esto para impedirlo, le contestó el agente sacando una pistola.

Charras tomó el partido de reirse á carcajadas y le preguntó:

—Dónde me dejarás libre?

—En Bruselas.

—Es decir que en Bruselas me harás un saludo humilde y en Mons eres capaz de dispararme un tiro.

—Decís verdad, mi coronel.

—Pues bien, eso no me atañe, es asunto